

Galsan Tschinag

# Dojnaa

*Traducción a cargo de Joaquín Polo Marco*





EDITORES INDEPENDIENTES

ERA, México/LOM, Chile/TRILCE, Uruguay

TXALAPARTA, País Vasco

[www.editoresindependientes.com](http://www.editoresindependientes.com)

*Título:* Dojnaa

*Título original:* Dojnaa

*Autor:* Galsan Tschinag

*Traductor:* Joaquín Polo Marco

*Portada y diseño colección:* Esteban Montorio

*Edición:*

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

[txalaparta@txalaparta.com](mailto:txalaparta@txalaparta.com)

[www.txalaparta.com](http://www.txalaparta.com)

*Primera edición de Txalaparta*

Tafalla, octubre de 2007

*Copyright*

© Txalaparta para la presente edición

© 2001 by A1 Verlag GmbH München

*Fotocomposición*

Nabarreraia gestión editorial

*Impresión*

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-501-6

*Depósito legal*

NA-3054-07

 Txalaparta

*A la mujer nómada,  
sobre cuyas espaldas descansa  
el destino de un mundo que está desapareciendo*



**D**oormak no vino. En cambio, sí vino la tarde, después la noche y, por fin, la mañana, que fue durando hasta que destacó sobre el día, palideció y se perdió en él. Éste, el nuevo día, produjo ante todo un poderoso efecto, apuntaba un largo recorrido, y luego, pese a todo, se agotó antes de tiempo y acabó miserablemente bajo la tarde que, por su parte, caía apresurada y poderosa. La mañana, el día, la tarde y la noche se turnaban en férrea sucesión, iban y venían una y otra vez. Además, los días se iban haciendo más cortos, y las noches, más largas.

Llegó el invierno, un invierno inhabitual: caía nieve con frecuencia, pero poca, casi como ligera escarcha. También el viento estaba ausente, así que el aire permaneció templado, lo cual consolaba un poco a Dojnaa, ya que el invierno, tal y como estaba resultando, no podía haber sido mejor para la caza. Sólo que no era bueno para el ganado. Y si la cosa no

fuera bien para éste, sería una consternación para ella y para sus hijos, pues, por fin, poseían algunos yaks y algunos caballos. Pero qué importaban las habladurías sobre el tiempo, la caza y el ganado cuando un hombre había abandonado días y noches a su mujer y a sus hijos para vagar por el mundo y hospedarse seguramente en casas de completos desconocidos.

Al principio no podía creer que él hubiera hecho eso con lo que la había tenido amenazada, aunque dijese mientras se alejaba al galope que esta vez se iba definitivamente. Pensó que volvería al cabo de uno o dos días, cuando se hubiera desencolerizado, igual que ya hiciera otra vez antes. Pero cuando al cabo de dos, cuatro, diez días, seguía sin venir, tuvo que creer en su palabra. Sin embargo, no podía concebir que alguien pudiera, sencillamente, irse y dejar su yurta, con su mujer, sus hijos y el ganado incluidos. Hacía ya un buen rato que estaba teniendo un sin fin de problemas con los niños, que continuamente le preguntaban dónde había ido el padre, por qué estaba fuera tanto tiempo y cuándo iba a regresar. También resultaba pesado por los vecinos, un matrimonio sin hijos de edad avanzada.

La mujer, la tía Anaj, era, en cualquier caso, una persona útil y algo peculiar, cuya curiosidad la hacía terrible. Pronto Dojnaa ya no supo cómo hacer para defenderse de sus preguntas, que cada vez escaraban más hondo y echaban continuamente sal en sus heridas.

Y el hombre, el tío Ergek, mantenía un imperturbable silencio, algo que también se le hizo insoportable con el tiempo. No porque hubiera sido un hombre molesto; no, al contrario, era la amabilidad en persona. Y ahí estaba la cosa. Dojnaa se sentía

cada vez más insegura a la vista de su tranquila, constante y acechante bondad hacia ella y sus niños.

Pero ahora, al cabo de un mes largo, era claro que todo había concluido. Y la consciencia de esto dejó un vacío en su pecho. Era como si una tormenta se hubiera desatado en su cavidad torácica, tras las costillas, y hubiera arrancado y barrido de su sitio los pulmones y el corazón. Conmovida y desanimada, se escuchaba a sí misma y se encontraba con dolorosos bloqueos, con el rastro de una devastación, pues ya no era un objeto joven y bobo que hubiera disfrutado mucho con su fútil suerte. No cuando el marido se marchó cabalgando; ni tampoco antes de eso. No podía llegar a conocer ese sentimiento que los seres escogidos por la vida llaman cariño e incluso, de forma altisonante, amor. Y de ninguna manera estaba ávida de ello. Tenía sus motivos, pues ya había visto cómo dos personas, cómo dos tontos se ponían frente a frente y, acto seguido, se liberaban el uno del otro, si bien antes uno había volado al encuentro del otro, muy a menudo por un alto precio en forma de destrucción premeditada y las más amargas tribulaciones. Y en lo que a la vida marital concernía, tenía una sólida y sencilla comprensión adquirida de los animales cercanos: cada macho se emparejaba con todas las hembras, y cada hembra con todos los machos.

No sabía por qué había llegado a esa conclusión, si por la propia experiencia o por observaciones previas. Probablemente era por el segundo de los casos, pues el matrimonio no le produjo ni sobresaltos ni entusiasmo a esa muchacha que hace trece inviernos tenía diecisiete años. Cuando surgió en el horizonte de su vida, le pareció una de las cosas más habituales y, por ello precisamente, inocuas. Así que

se lo tomó con indiferencia, no le prestó atención. Para defenderse de ello, lo había dejado en paz. Ésta podría haber sido la razón por la que se encontró de golpe sin salida e indefensa. Y llegado el momento, sencillamente, tuvo que someterse a ello.

Todo comenzó como una cosa sin importancia, como un juego al que, confiada ella, la llevó una astuta mujer de edad. El sentido del juego, que comienza con una asociación por su semejanza de nombres dichos en voz alta y que rápidamente se intensifica hasta convertirse en un juego de ingenio, estaba precisamente en descubrir semejanzas y diferencias entre ella, la sagaz y ágil Dojnaa y un pensativo y taciturno chaval del valle de al lado, Doormak, cuatro años mayor que ella. El sentido más inmediato del juego estaba en esto, en dejar ver si dos personas podían asociarse y complementarse. El sentido profundo, sin embargo, era éste: ¿Tendría ella, Dojnaa, algo en contra de Doormak y de vivir con él bajo un mismo techo? ¡No era, al cabo, más que una oferta matrimonial! Dojnaa no sabía qué decir al respecto. No conocía las reglas del juego, así que permanecía en silencio.

Eso no fue lo correcto, ya que la casamentera vio una cosa en su silencio bien diferente: que no se oponía. Lo que, de alguna forma, era realmente cierto, pues no tenía nada contra el joven. Además, no había tenido ni tiempo de pensar en tan breve instante.

Era como si la noticia hubiera echado a correr con largas piernas. Mucho antes de que le llegara a ella, la propia interesada, y fuera consciente de lo que iba a acontecerle, la gente de su entorno ya creían saber todo y se creían con autoridad para opinar. Se daban palmaditas y cotilleaban, se agitaban como si

algo fantástico estuviera ocurriendo, como si el bienestar y la aflicción de todos dependiera de ello. A ninguno le cabía en la cabeza verlos como pareja. La razón de esto estaba, en primer lugar, en las cuestiones de forma: la prometida tenía un desarrollo físico mayor que el prometido; no sólo le sacaba media cabeza, sino que además era algo más ancha de espaldas y de caderas. El culpable de esto era su padre, claramente. Era un gigante y tenía la fuerza de un oso, pero lo llamaban Elefante. Era su sobrenombre de luchador, durante años había ganado casi todos los combates en innumerables fiestas, pequeñas y grandes. Con el tiempo este sobrenombre había reemplazado a su verdadero nombre. Así, en cualquier momento y lugar donde quiera que fuese nombrado el robusto y famoso hombre, era convocada la exótica bestia, de la que nadie sabía nada, pero que presumían ser grande y fuerte. En correspondencia, a Dojnaa la llamaban unas veces «niña Elefante», otras «hija del Elefante», y algunos impertinentes, «la cría del Elefante».

Claro que no era esto lo único que la convertía en una extraña criatura a los ojos de los demás, también sería la forma de vida que debía llevar junto al padre, que no sólo era el luchador más celebrado, sino también un diestrísimo cazador. Además se le murió muy joven la mujer, así que su único vástago permaneció a su lado desde que era muy pequeña. Aprendió todo de él, también la caza. Se decía incluso que disparaba tan magníficamente que ya superaba al padre.

Cuando Dojnaa supo lo que había ocurrido con sus palabras, los preparativos para la boda ya estaban en marcha desde hacía tiempo. Esto le pareció extraño, casi de risa. Lamentaba en silencio no ha-

berse expresado con claridad. ¿Qué tenía que hacer ahora? Miraba a los hombres de los alrededores, que habían empezado a erigir y acondicionar una yurta nueva. Se asustó y se quedó desconcertada allí. Entonces se dijo desafiante que por qué no habría de casarse; precisamente cuando todas las chicas, o casi todas, lo hacían. Las pocas que no lo lograban eran ¡las solteronas! ¿Y por qué no habría de ser Doormak el hombre con el que compartiera yurta, ganado y cama? No tenía más, pero tampoco menos que ofrecer que los demás chicos de los alrededores.

Sí, le complacía cómo estaba Doormak en la vida: era un ser prudentísimo que vivía con su tía desde hacía ya bastantes años. Le precisaron con detalle que no tenía padres, hermanos ni ganado. «Mejor», pensó, buscando agitar en ella la brasa del desafío hasta provocar el fuego. «¡Cuanta menos parentela, menos riñas y disputas después!». Y nadie, absolutamente nadie, podría asegurar luego realmente que la hija del Elefante se había casado con él ante la perspectiva de riquezas o de gloria. Así, fue al matrimonio sin escrúpulos, con una buena cantidad de justificaciones entretejidas, particularmente desde el momento en que su padre le proporcionó una pequeña confirmación: decía éste que quizás le conviniere a su hija huérfana ese muchacho huérfano.

Encontró la vida matrimonial como se la había esperado: conveniente y, al fin y al cabo llevadera. Pero pronto, nada más comenzar se dejó oír la observación de Doormak: él la encontraba cómica.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó ella.

–Que ahora tenemos que ser marido y mujer, el uno para el otro.

–¿Y bien? –dijo secamente–. ¡Es lo que querías!

–No –dijo fríamente–. Es mi tía quien lo quería. ¡Y tú también!

–¿Yo? –sobresaltándose–. ¿Cómo puedes decir eso? ¡Ojalá hubiera dicho que no cuando me hicieron el ofrecimiento!

–¿No lo hiciste? ¡Tampoco yo! –dijo aproximándose presuroso a ella.

Luego tomó un nuevo impulso.

–Es verdad que no dijiste que sí, pero tampoco dijiste que no. ¿No es así?

–Sí –añadió en voz baja.

–¿Lo ves? –exclamó aliviado–. Yo en cambio grité y dije: «¿Qué voy a hacer con ella? ¡Pareceré un tonto a su lado, como un ternero junto a una vaca!».

–¿Eso dijiste?

–Sí.

–Y sin embargo, no dijiste nada cuando se pusieron a preparar la yurta.

–¿Por qué iba a decir nada? Sabía que, de una forma u otra, me iban a casar enseguida.

–¿Conmigo?

–No, con una de las chicas casaderas de aquí y deseosas de tomar marido; una que me gustara.

–¿Y tardó en aparecer alguna?

–Así es. Ésas que hubieran querido venir no gustaban a los que construían la yurta. Además se decía que estabas preparando las nupcias con pasión.

Eso fue una bajeza por parte de Doormak, ciertamente, pues esto tuvo lugar la primera noche. La

fiesta había acabado y los últimos invitados habían dejado la yurta. Dojnaa se había quitado los abalorios de la cabeza, las orejas y el cuello, y permanecía vacilante ante la adornada y bordada cama con ambas cortinas abiertas. Probablemente, habría que prepararla para la noche. Sólo que, al principio, no sabía qué hacer, estaba tan desconcertada que luchaba contra las lágrimas. Pero la cosa vino así, y estaba bien ya, pues al fin supo para qué estaba ahí. Después de todo, eso demostraba la honradez de Doormak y quizás éste no habla del todo en serio, ya que al final se decidió a tomarla. No la había dejado ni por un momento ahí de pie, con todas sus pertenencias, sobre las que tuviera que pasar muchos y largos días y noches hasta que estuvieran cosidas y confeccionadas.

Igual que él le había cedido la organización de la boda, le cedía ahora el preparar la cama; decía que se había hecho tarde, que debían acostarse y mercerse en el reposo nocturno. Tranquilizada con ésto, cogió la destellante colcha por una esquina y arrebujó la obra de artesanía, quebrándose y componiendo con las sábanas una torreta coronada por las dos almohadas. Él se desnudó rápidamente, trepó sobre la tensa y rígida sábana bajera, blanca como la nieve, reptó ruidosamente bajo la recién abierta sábana, de un blanco tan radiante como el de la otra, y se tendió, apetecible. Ella se tomó su tiempo para deshacerse de las piezas de su vestido, apagó la luz cuando estaba a medias, y cuando se quedó en camisola, preguntó con voz temblorosa si ella también tenía que meterse en la cama. Doormak se sintió irritado.

—¿Te has pensado que nos hemos casado para que te instales como un zagal en la parte baja de la yurta, ahí a la derecha?

No podía responder nada. Se subió con cautela a la cama, se echó cerca del borde y se quedó tendida sin moverse.

La atrajo hacia sí y le dijo al oído:

—Muchacha, vamos a ser marido y mujer.

Esto le causó un repentino y cálido sentimiento de agradecimiento hacia él. Entonces le preguntó si ya era mujer. Se lo pensó un rato y, finalmente, le preguntó a su vez si él ya era un hombre.

—Sí —dijo seguro de sí mismo.

Entonces ella entendió la pregunta y le dijo que también era mujer.

—¡Vaya! —dijo, preguntando luego incisivamente— ¿Y a lo mejor estás ya preñada?

—No —respondió con aplomo.

Pero él no se mostraba dispuesto a creerla tan pronto, y siguió persistente.

—¿Y cuándo fue?

—Hace dos años, a comienzos del otoño.

—¿Conozco al afortunado que te ha iniciado?

—No creo. Yo misma no lo conocía. Estaba cazando. De repente, se puso delante de mí. También era cazador. Quizás de lejos de aquí.

—¿Y no te resististe?

—No valía la pena. Era gigantesco y tenía una fuerza monstruosa.

—¡Os lo pasaríais bien entonces!

–¡Fue horrible! Yo estaba echada entre lágrimas y mocos.

–¿Te dolió?

–Claro. Pero el terror que me producía era aún peor. He tenido que luchar noches enteras contra las pesadillas.

–¡Tenías que haberle disparado por la espalda mientras se iba satisfecho!

–¿Disparar a una persona? ¡Eso nunca!

–¡Pues entonces es que te gustó!

–¡No!

Un opresivo silencio vino después. Ambos permanecieron inertes y espantados, y respiraban con dificultad, lentamente. Apenas se tocaban. Así pasó un atormentado y largo rato. Fue él quien finalmente se sustrajo al congelamiento y rompió el silencio. Se volvió hacia ella y comenzó tímidamente. Ella se sintió de nuevo reconocida. Habría sido una mala cosa si la hubiera dejado yacer toda la noche sin tocarla. No, él no haría eso. La cogió por aquí y por allá, le subió la ropa interior alcanzando a tocar su desnudez y, finalmente, cada uno de sus pliegues. Ella se estremecía y temblaba cada vez que sus dedos se deslizaban por su cuerpo desvelado y hacían un nuevo movimiento desconocido. Se dejaba hacer, decidida a soportarlo, fuere lo que fuere, y sufrirlo bravamente. Enseguida descubrió que no fue tan malo como aquella vez. Y esto la consoló y la llenó de un sentimiento de liberación. Sin embargo, Door-mak parecía insatisfecho. Tendido junto a ella otra vez, persistía en su silencio glacial. La razón la descubriría con el tiempo.

Estaba decepcionado, pero de él mismo en realidad. Sin embargo, se le hacía difícil confesárselo, pues lo que acababa de sucederle con la mujer con la que tenía en perspectiva compartir la vida no era más que la corroboración de los dolorosos temores que a menudo había padecido cual dolorosa herida. Sí, cada vez que le venía a la mente la hija del Elefante, sentía este malestar. Le bastaba la mera evocación de su imagen para encogerse de temor.

Ella estaba, cual cima escarpada y misteriosa, en medio de sus pensamientos. Solitaria como se mostraba, ya era una impertinencia en sí, pues parecía el alerce que lo contemplaba desde lo alto. Qué enano se sentía. Esto lo encolerizaba, y, secretamente, lo poseía y roía por completo el ardiente deseo de hacerle pagar el ultraje, a ella, cuya insolente y soberbia presencia tenía sobre él un efecto intimidatorio y lo degradaba, ¡a él, al hombre! Y le vino a la cabeza una estrofa que blandió contra ella como quien hace frente al viento glacial con una capa:

*Mi silla de montar parecerá vieja*

*Pero irá sobre ti, potro*

*Tendré aspecto penoso*

*Pero iré sobre ti, muchacha...*

Visto así, se sintió tan refortalecido que se juró enseñarle la canción a la hija del Elefante. Lo que claramente significaba que, tarde o temprano, se acercaría a su piel, a su pellejo desnudo, despreciable y palpitante, la alcanzaría hasta su elevado orgullo y le haría conocer su hombría. Sí, la quebrantaría, igual que hizo con muchas otras. En esto, como la mayoría del rebaño de machos cabríos, toros y caballos se-

mentales humanos, tuvo su pequeña sospechosa experiencia. Había tenido éxito con muchas mujeres; algunas, jóvenes, delgadas, a veces incluso vírgenes, muchachitas que fueron una vez frágiles y temblorosas. Cada vez que, apaciguado y satisfecho, se levantaba para irse una vez cumplido el asunto sentía una hechizante y chisposa satisfacción cuya intensidad variaba, no obstante, de un caso a otro. Tan pronto se sentía un macho cabrío, como un toro; y una sagrada vez se sintió por fin como un caballo.

Ello dependía por completo del comportamiento de su víctima. Cuanto más afectada se sentía ésta por lo que él hacía, más gemidos y lamentos oía, más confiado se sentía en su hombría. Al hilo de esta convicción, pensó en la mejor forma para sorprender y vencer a esta mujer de raza. Hubiera deseado que fuera virgen, pudorosa y tímida. ¡Ah, entonces sí que hubiera sabido qué hacer! Lleno de impaciencia, invocaba en espíritu la hora en que ella se rendiría a sus muslos: yacería debajo de él con los ojos quebrados de vergüenza, el rostro torcido de dolor. Se convulsionaría, lloraría y gemiría. Juntando fuerzas, intentaría escapársele, pero él sería inflexible, resistiría, implacable, con todo el poder de sus músculos y con todo el peso de su cuerpo, como un paquete de huesos y nervios a punto de explotar, como una flecha lanzada contra ella, al lugar de su inútil, tosca e indócil virginidad, con la férrea certeza de alcanzarla pronto, para que surgiera la mujer que desde entonces le serviría a él, el hombre, con la fidelidad de un perro y el amor de una madre.

Cuanto más evocaba esta imagen, más presente estaba en sus despiertos sentidos y más grande era el placer que obtenía. Mientras la víctima se encogía, él, su conquistador, se crecía. La dominaba con

auténtico furor, como no lo había hecho hasta entonces con ninguna.

Pero, lástima; de cuando en cuando había instantes que se mostraban inapropiados para tales dulces fantasías. Tenía dudas que trataba de reprimir en vano.

La hora tan temida y tan esperada ya había pasado. Conocía ya una derrota en esta batalla recién librada, que ya había imaginado con bastante antelación. Se veía aún más pequeño que antes, se sentía fútil y culpable ante sí mismo y ante el mundo.

Aunque entendió una cosa: que no tenía sentido querer esconderse de lo que ya estaba hecho y mirarlo con desdén a corta distancia.

Eso lo avergonzaba, lo anonadaba y lo enfurecía. Todo lo cual hizo que se decidiera a atacar a la hembra que le había infligido esa derrota y que, mientras lo miraba, parecía reposar soberbia y con el alma serena junto a él, dispuesta a arrostrar más combates.

Se sentía impelido a retomar el combate que acababa de perder y, rabioso, llevarlo a otro terreno, sin esperanza de victoria, pero sin miedo a una nueva derrota. Era, pues, un paso de pura desesperación. Y, no obstante, si había algo tras ello, era esto: él no podía darle la victoria ni morir de inanición por su propia derrota; quería, al menos, acrecentar su propia maldad, afilarse como un cuchillo, cargarse como un fusil. Tenía que sobresaltar a su vencedora en mitad de su placentero reposo y herirla.

También dijo:

—¡Ya veo que no estoy a tu altura!

Ella no entendía. Se puso rígida, se desconcertó, resopló y mantuvo la respiración.

Eso lo irritó, y le espetó:

–Eh, ¿has oído lo que acabo de decir?

–Sí –respondió con docilidad, esperando tendida oír la continuación.

–¿Y tú no lo ves así también?

–No sé lo que quieres decir.

–¡Yo me afano en ello y estoy a punto de desfallecer, pero tú estás ahí como una alfombra tendida, y parece como si no te dieras cuenta de lo que pasa!

–¿He hecho algo al revés?

–¡No!, tú no puedes hacer nada al revés. Ya no eres virgen, ¡mujer experimentada, aplastada por un gigante!

Poco a poco creyó comprender lo que quería decir. Pero no supo qué responderle y menos aún cómo comportarse en lo sucesivo. ¿Quizás gemir y temblar como una yegua joven bajo un semental adulto? ¿Gimotear como hacen las perras? Pero entonces, el macho aún se sentiría peor, arrastrado y llevado por ella, ¡aullando y gimiendo como si estuviera bajo el suplicio de la estaca! Quizás fue ésta la imagen que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas. Durante un momento, éstas cayeron en silencio, luego empezó a sollozar, cada vez más fuerte y sin parar. Lloró largamente, sin poder remediarlo.

Eso fue lo que la salvó, pues, al cabo de un momento, él dejó de insistir y le pidió que cesara de llorar. Como esto no dio resultado, empezó a consolarla, para lo cual tuvo que tocarla de nuevo y sujetarla por la espalda para sacudir su cuerpo tembloroso. Esto la hizo sentirse más agradecida. Había en ello necesidad de perdón y sumisión. Mientras, calmada y vuelta hacia él, dejaba vagar sus pensamientos. Iban tras algo que, para ella era descono-

cido y que suponía que era capaz de tener de buen humor cada vez que la tomara al hombre que era su esposo desde hacía unas horas y que lo seguiría siendo mientras ella viviera. Había decidido así someterse de buen grado a su voluntad, como un caballo que una vez tras otra deja que se le apareje la silla.

Él también estaba despierto, ocupado en sus pensamientos. Las lágrimas de ella le habían sorprendido, y, al principio, consolado un poco y también enternecido. Encontraba extraño que esta mujer pudiera sollozar. Apenas se correspondía con su aspecto físico y con lo que acababa de suceder y que tan profundamente lo había herido. Pero lo cierto es que la mujer había llorado, había estado a punto de ahogarse en lágrimas.

¿Había entonces sensibilidad en los huesos de ese prominente cuerpo de abultados y endurecidos miembros? Claro que sí. ¡Y también debilidad! Este descubrimiento era importante para él, le daba sostén y lo confortaba en sus ambiciosas intenciones de hombre. Ardía en deseos de saber si sería posible ablandar y debilitar más aún a esta persona a pesar de su hechura ruda y soberbia. Y al cabo de un tiempo creyó haber encontrado el modo de hacerlo posible: ser con ella seco como la estepa pedregosa, imprevisible como el clima en primavera e inflexible como el cuero negro de macho. Si era capaz de comportarse así, en uno días ella estaría temblando de vergüenza en su anterior piel, apresurándose a satisfacer sus menores arranques de humor. ¡Sí –pensaba feliz, mientras sentía cómo el sueño, semejando jirones de niebla, se abatía sobre él y lo envolvía–, entonces todos sabrían el tipo tan estupendo que era!

Mientras este pensamiento iba desprendiéndose como una monda de la cáscara de su brumoso y

tranquilizado cerebro, la mujer, desde hacía rato domada y respirando tranquila, se había apartado un poco de él. La voluntad de Doormak, ahora satisfecha y despierta, se aplicaba en otros pensamientos prestos a llegar, y eran muchos.

La nueva de su inminente matrimonio había agitado vivamente las almas y las había mantenido ocupadas durante mucho tiempo. Llamaba la atención el que se hablara primero de ella, que fuera el objeto principal del rumor que de *ail*\* en *ail*, de yurta en yurta era llevada de boca en boca, y que él no fuera más que apenas un apéndice. Cuando se escuchaban los rumores, se diría que era ella la que lo desposaba, y no él a ella, ni siquiera un poquito. Eso al menos sacaba en claro de su oído (que, por otra parte tenía algo duro), de las bromas que sobre él se gastaban.

«Oye,... ». Así comenzaban, en general, las preguntas irónicas.

---

\* *Ail*: campamento estacional formado por un grupo de yurtas y sus enseres y propiedades.

«Oye, vas a aprender a escalar con la hija del Elefante, ¿no?».

«Oye, la hija del Elefante quiere un macho, aunque éste sea un yak, ¿verdad?».

«Oye, ¿te has asegurado de sus intenciones? ¿Quiere casarse contigo o adoptarte?».

«¡Ojo, chico! ¡No vayas a hundirte en el pozo de la Elefante como una rana en una ciénaga!».

«¿Cómo has hecho para que la joven y orgullosa hija del Elefante te corresponda con tanta solicitud? Debes de tener una buena relación, seguro. ¡Fuerte como la de un burro semental!».

La mayor parte de la gente que se divertía a su costa eran hombres jóvenes. Pero entre ellos también había mujeres, y eran casi únicamente aquellas con las que en un momento u otro había tenido en el pasado un pequeño lío amoroso. La costumbre exigía que soportara todo esto en silencio. Se quedaba sin entender más de una burla ya que a su duro oído se le escapaba alguna sílaba o alguna palabra: seguro que se trataba de algo malvado dicho a propósito, puesto que se decía entre cuchicheos. Pero, de todas formas, lo herían.

No obstante, él percibía envidia detrás de todo, y por eso permanecía tranquilo ante las burlas, incluso riéndolas la mayor parte de las veces. Sólo una vez se paralizaron sus músculos de la risa. Fue cuando lanzó dos piedras del tamaño de un tobillo de yak contra una boca sucia, antes de lanzarse hacia él con una tercera piedra, claramente más gruesa y angulosa. Muerto de miedo, el guasón, caído de espalda, chillaba y suplicaba por su vida. Y a Doormak le costó bastante dejar caer de su mano la piedra,

que hubiera podido destrozar cualquier parte de su cuerpo. Los otros debieron de darse cuenta de ello, ya que ninguno del corro osó en lo sucesivo hacer la más mínima burla. Además, debió de correr la noticia, pues le pareció que las bromas estúpidas habían cesado.

En cambio, tuvo que oír otras cosas, pero que sólo se referían a su dureza de oído. Desconfiaban de él, pues se decía que las personas duras de oído son peligrosas como las fieras heridas: su defecto los hace sentirse constantemente en desventaja ante los sanos, y de ahí la presión moral bajo la que viven. «¿Es que soy acaso un minusválido, un mutilado?», pensaba indignado, presa de una amarga ofensa que, poco a poco y de forma duradera, fue abrumándolo.

Este desagradable sentimiento volvía a él y lo oprimía en cuanto pensaba en la boda, que era inminente. La vergüenza, el miedo, la curiosidad, el desafío, el desprecio y el odio se apoderaban de él alternativamente cuando cavilaba y sopesaba los pros y los contras. Finalmente se dejó llevar por el desafío. Quería reducir al mayor número posible de adversarios, envidiosos y calumniadores; pero antes de nada, a la mujer a la que, abiertamente, se le había metido en la cabeza tomarlo, cualquiera que hubiera sido la razón. Tampoco se opuso por mucho tiempo a la voluntad de los parientes, y se quedó callado cuando entre todos construyeron la yurta en la que pronto viviría con la hija del Elefante y donde probablemente también tendrían hijos.

Las bromas que se dejaban oír por doquier cuando dos personas se casaban, no esquivaron tampoco a Dojnaa. Estuvo expuesta a ellas desde el principio: «Oye, ¿Qué vas a enseñarle al sobrinillo cabeza torcida de la tía Üshej, a crecer o a empollar?». Día tras

día preguntas como ésta y otras parecidas le eran servidas en caliente. Supo responder a ellas con el mismo humor, provocando risas estimadas a las que se unía con gusto.

Sin embargo, no todas las observaciones eran bienintencionadas. Más de una era ponzoñosa, pero no hacía caso de ellas. ¿Quizás porque, de las dos, ella era la persona que más favorecida aparecía al contraluz del que tenía el papel más ingrato moviéndose por las sombras?

Mas la verdadera razón era otra: ella estaba hecha de un material más rudo y resistente que el de Doormak; tal y como era por dentro era por fuera, no había diferencia alguna. Si había té bebía té; si no había, bebía agua. Si no había agua porque estaba congelada, se metía un puñado de nieve o un trozo de hielo en la boca. Y si no tenía hielo ni nieve a mano, mordía la sed hasta que la acallaba. Y lo mismo con el hambre. Cuando estaba sola delante de la hoguera al raso con una jornada ininterrumpida de caza ante sí, podía comerse media marmota o una perdiz entera, y mantenerse con eso hasta la noche, e incluso hasta el día siguiente. Si acogía invitados en su casa o ella misma iba de visita, podía levantarse satisfecha de la mesa habiendo comido un simple muslo. Y lo mismo con el frío y el calor. Era capaz de pasar dos, e incluso tres estaciones llevando la misma ropa.

Así se comportaba también con las personas. En su vida no se había sentido cercana a nadie, excepto a su padre. Pero tampoco hubiera sabido por quién sentir más rechazo. Todas las personas le parecían igualmente dotadas de bondad y de malicia, como los corderos o los lobos: el más grande de los machos cabríos con la cornamenta más hermosa no dejaba de ser un cordero, y el cachorro más pequeño

con el pellejo más hirsuto era ya un lobo. Ésta era la razón por la que nunca había concedido a los hombres una atención particular, sin preocuparse tampoco especialmente por la otra mitad de la humanidad, las mujeres.

Cuando le recordaban que un día sería esposa y madre, se quedaba tranquila y pensaba serenamente: «¡Es uno de estos hombres en ciernes de por aquí el que se va a encargar de tomarme y convertirse, así, en hombre!».

De esta manera, se tomó tan serena como aliviada la primera proposición que le fue hecha con las artes de ese juego ambiguo. Le parecía comprensible y significativa. En un primer momento, lo importante no era quién se había presentado, sino que la cosa hubiera tenido lugar. Tampoco tenía ningún motivo para rechazar o para jugar con la proposición, como quizás hubiera hecho más de una. Para ella, la decencia iba pareja con el silencio. Así que se quedó callada, se dominó y se sujetó la lengua.

Pero eso no fue bueno, pronto se encontró en una situación sin salida. Primero pensó que debía ser amable con las personas que desde hacía mucho tiempo estaban en plena embriaguez de un próximo casamiento, para después conducirse con obstinación con las cosas que, una vez puestas en movimiento, se cernían sobre ella de todas direcciones. Pero no fue la amabilidad ni la obstinación las que la guiaron, sino la vergüenza y la confusión: ¡algo de lo que no se daría cuenta hasta más tarde! Aunque por el momento no experimentaba ninguna seria aflicción por ello. Doormak le convenía, como le hubiera convenido casi cualquier otro de la horda de mozos casaderos. Sólo que, en el caso de éste, su pensar se acostumbró rápidamente a él. Y como salía siempre un poco menos airoso de las bromas, lo tomó

bajo su protección, respondiendo también a éstas en su lugar, lo que enseguida llevó a los envidiosos a lanzar contra el pobre muchacho nuevos y odiosos infundíos.

La petición de matrimonio, que la sorprendió en el fondo del valle aquella noche de verano y a la que también se acabaría sometiendo, pareció abrir una brecha en su vida y en su feminidad.

Tuvo que oír otras palabras plenas de sentido venidas de muchas partes. Eran alusiones, confesiones e incluso reflexiones burlescas desprovistas de ambigüedad, llenas de reproche o hechas a modo de advertencia. Provenían de la gente que hasta entonces parecía haber ignorado a esta hija de cazador que desde siempre vivía en los confines de las tierras habitadas; de los mozos, y también de los casados. Unos decían que se habrían apresurado, mientras que otros sostenían que habrían esperado; todo conducía a lo mismo: ¡si ellos hubieran sabido lo fácil que era conseguirla! Posteriormente también se enteró de cuánto la deseaba tener éste o aquel; igualmente, de por qué no supo nada hasta entonces: todos se sentían cohibidos ante ella, y sólo con el rumor que cada uno mascaba se había disipado esa cosa que los corroía. Había también personas de edad, mujeres sobre todo, que decían que les hubiera encantado tenerla como nuera. Y expresaban su lamentación sin rodeos y mediante la fórmula que los justificaba: ¡si lo hubieran sabido!

Esto era un halago para sus oídos, pero herían los del hombre que forzosamente tenía que escucharlos. Inmerecidos, según ella. Sí, justo el desdén que había en las palabras de la gente y que iba dirigido a

ése cuyo nombre sería conocido junto con el suyo en un mismo aliento, fue lo que la reafirmó en su decisión. Quizás era la terquedad lo que se había despertado en ella. ¿O era la compasión de la huérfana de madre que cuidaba al huérfano total?

Sea como fuere, lo tomó bajo su protección; principalmente de pensamiento, pero a veces también demostrándolo.

Ese verano fue, ciertamente, el más extraño de su vida. Por primera vez después de muchos años, su yurta volvía a estar en mitad del apretado y ruidoso mundo poblado. Por entonces vivió cosas allí que no sucedían más que en un lugar poblado, con mucha gente y en tiempo de abundancia. Hubo fiestas y borrachos, lo que era engorroso, pero también divertido. De vez en cuando se vio obligada a recurrir a su gran talla y a su fuerza muscular, siempre por la noche. La sorprendían en mitad del sueño. Llamaban a la puerta y tenía que levantarse para abrir. Una vez, incluso, tuvo que luchar cuerpo a cuerpo con un intruso. Era un muchacho bien parecido, nervudo, pendenciero y, quizás por eso, seguro de sí mismo. El padre no estaba; una vez más, había ido a cazar a caballo. El intruso lo debió intuir, ya que llegó hasta ella sin temor. Estaba medio borracho, como casi todos que por la noche van por ahí, zigzagueando, de puerta en puerta.

Le preguntó qué quería de ella.

—¡Cogerte! —gritó por toda respuesta.

Ella se rió:

—¿Es que soy una baya, para que quieras cogerme?

–¡Sí, una baya madura desde hace tiempo y que probablemente no debe tener mal sabor!

–¡Vaya! ¿Y te crees con derecho a ella?

–Sí, y obligado; ¡antes de que el enano te desgracie!

–¡Vas cocido! ¡Vete a casa!

Pero estas palabras no bastaron para que se moviera (parecía una cabeza sin oídos; más aún, un tronco sin cabeza dotado con un par de miembros insolentes y groseros), y pasó a la acción. Ella se resistió. Al principio, de forma suave; pero, poco a poco, sus movimientos fueron tomando brío y sus músculos se pusieron rígidos, lo que lo excitó más aún. Empezó a golpearla y a darle patadas.

Esto despertó la loba que había dentro de ella. Le saltó a la garganta y le agarró el cuello con las dos manos, apretando, sin ceder, resistiendo los golpes que todavía la alcanzaban. Luego todo quedó en silencio, y el cuerpo del hombre, cada vez más rígido, pareció doblarse en dos de repente. Cayó de rodillas y, cuando lo soltó, se derrumbó en el suelo entre estertores y gorgoteos. Lo sacó de la yurta. Al principio tenía la intención de dejarlo junto a su caballo, que estaba aparejado y atado a unos pocos pasos de la yurta, dejarlo allí y volverse para acostarse otra vez. Pero tuvo el presentimiento de que podría volver a levantarse e ir de nuevo a por ella. Así que lo levantó y lo sujetó pasándose su brazo por los hombros mientras traía el caballo para sí. Los perros empezaron a ladrar, corriendo de un sitio a otro, y tardaron bastante en calmarse. Los terneros, con los ojos vendados, se agitaban asustados, pero, pese a todo, no se entretuvo lo más mínimo: lo arrastró sujetán-

dolo del brazo, bajando la cabeza y jadeando y tirando a la vez de la brida que guiaba el caballo.

En un momento dado, el intruso volvió a intervenir, hablando con la voz pastosa de una persona totalmente bebida:

–¡Ay, ay! ¡Oh, cielos! ¡Aaayyy!

Pero ella seguía camino sin hacerle caso, y pensaba divertida: «¡Mira qué bien lo hace!».

De nuevo empezaron las quejumbrosas lamentaciones:

–¿Quién eres tú para hacerme esto?, ¡me vas a arrancar el brazo!

No le sobraban fuerzas para malgastarlas en responderle. El bicho pesaba lo suyo.

–¿Es usted, tío Elefante?

Se detuvo para coger aliento, pero sin aflojar los dedos con los que sujetaba la muñeca del tipo. Le respondió:

–No es el tío Elefante, sino la alegre cría del Elefante, ¡cargada con un buen montón de bayas!

–¡Ah, diablo de cría! ¿Y qué vas a hacer conmigo?

–Voy a meterte en el río para que se te pase la borrachera, ¡y si te resistes, te ahogaré!

Una vez que hubo llegado al río, no le dio tiempo a levantarse. Lo arrastró hasta la orilla llevándolo a la espalda, igual que había hecho todo el camino, luego se arrodilló sobre su pecho y le sumergió el codo en el flujo burbujeante y saltarín sujetándolo de nuevo con ambas manos por la base del cráneo y colocando los pulgares en la nuez de Adán. Él no se movía, pero temblaba y suspiraba. Tras un rato, los temblores fueron a más, ahora acompañados de ruegos y súplicas. Le decía que se detuviera, que, si no,

moriría. Pero no le escuchó, y permaneció inclinada sobre su rostro desfigurado como si de una amenaza se tratara, con las manos como tenazas en su garganta. Al final no salían de su boca convulsa más que el ruido de sus dientes que se entrechocaban. Y sólo entonces lo dejó ir. Le ofreció el caballo cuando, al cabo de un rato, fue capaz de tenerse en pie. Titubeaba y temblaba mucho, de modo que tuvo que ayudarlo a subir a la silla. Lentamente, se alejó cabalgando.

Lo siguió largamente con la mirada hasta que la silueta pareció diluirse tras jirones de nubes en el mortecino reflejo titilante del disco lunar. Su cólera se había consumido. Ahora la invadían oleadas de calor y un agotamiento paralizante. Se desplomó y rompió a llorar. Pero tan pronto como empezó, volvió a dejar de llorar. Se levantó, se desnudó y se metió en la corriente. Era una sensación agradable sentir por fin su propio cuerpo liberado de todo fardo y acariciado y abrazado por el agua fresca de los glaciares que refleja el brillo de la luna y las estrellas. Estaba satisfecha por haber mantenido intacto, bajo la tormenta de codicia del macho, su cuerpo, embutido de carne como estaba, lleno de músculos y nervios vigorosos, revestido de una piel tersa, y por haberlo reservado para el que desde ahora le pertenecía, como el cráneo a la mandíbula, como el puñal a la vaina.

Días después también le llegaría el modesto pero bien aireado chismorreo de un Doormak fuera de sí y con una piedra en la mano, y había dos razones por las que escucharía el relato con el corazón en un puño: el que había provocado su ira era precisamente ese hombre que, de forma tan ruda, se había entrometido en su camino. Sentía absoluta comprensión por el ataque de rabia de Doormak,

pues aquella noche no sólo recibió patadas y puñetazos, sino que también se oyó palabras que la sacaron de quicio. A pesar de todo, estaba un poco perpleja y no sabía dónde colocar esa piedra que aparecía en la historia.

Meses después se volvió a oír hablar de ese hombre, pero esta vez el asunto era más grave: se había suicidado. A Dojnaa la atormentaba el cargo de conciencia y tenía una duda cada vez mayor sobre si no se había comportado de forma un poco extrema con él; tanto más cuanto que, se lo había encontrado varias veces y cada una de ellas le había parecido verlo más afligido. Así que la noticia la afectó duramente. Se sentía culpable, y llegó a tal desesperación que se preguntaba si aquella desgraciada noche no hubiera tenido que renunciar a defenderse.

De los otros hombres que se acercaron a ella obtuvo otras cosas bien diferentes, oyó palabras lisonjeras, súplicas y declaraciones a las que le resultaba difícil no prestar atención. Pero al final, hasta al más encantador de entre todos tuvo que despedir. Y lo hizo por amor al que, desde hacía tiempo, compartía con ella la yurta invisible que albergaba en su corazón. Ella lo llevaba dentro como un niño al que se cuida. Lo defendía de los extraños y lo abrigaba y atendía con el calor de su cuerpo y con su pensamiento.